

Filosofando

El sufrimiento del inocente debatirse entre la rebeldía y la ternura sin límites

Luis Armando Aguilar Sahagún

Albert Camus, como Ivan Karamazov de la gran novela de Fedor Dostoievsky, se rehusaba a aceptar a Dios, a abrir su corazón a él, a causa del sufrimiento de un solo inocente. Ivan Karamazov desespera, se vuelve cínico y devalúa la vida, incluyendo la suya propia. Está ciego a la capacidad de amar, al bien que es capaz de hacer, de añadir un poco de luz y bondad al mundo que rechaza, en lugar de maldecirlo por un solo inocente... Camus, sometido a la misma tentación, opta por la rebeldía. Rechaza a Dios, abiertamente. Se rebela y fundamenta su vida sobre sus propias fuerzas puestas al servicio de la solidaridad con los sufrientes. Malinterpreta al sacrificio de Jesús, como víctima de la injusticia, sí. Sus conocimientos exegéticos no le ayudaron a comprender la vida del Cristo. Pero en su actitud, Camus está más cerca de la fe como actitud, que muchos de los apologetas de la fe. Camus, es verdad, lucha como Sísifo, sin esperanza, y quiere creer que así se puede ser feliz. Levantando la piedra, una y otra vez, hasta llegar a la cima de la colina donde la tiene que dejar rodar de nuevo hasta abajo. Camus se esfuerza, lucha, hace suya la causa de los que sufren, busca justicia “por su propia mano” pero sin justificar la violencia. Reivindica la dignidad escondida, oculta en cada ser humano, por la vía de los hechos de algunos de sus personajes y de su pluma maestra.

Gabriel Marcel, contemporáneo suyo y crítico acérrimo de la actitud que rechaza la salvación, piensa que para Camus la explicación teológica según la cual el sufrimiento no es querido por Dios, sino tan sólo permitido, habría rechazado a un Dios de este tipo. ¿Podría Camus admitir y conceder –se pregunta Marcel-, que su protesta o su misma rebelión implicaba una especie de adhesión previa a un Dios de justicia y misericordia? Marcel pensaba que, con seguridad, el autor de *El Extranjero* habría visto en ello una especie de jugarreta que hubiese repugnado a su probidad. “El rechazaría siempre –afirma Marcel-, la idea de que fuese posible hipostasiar el sentimiento de compasión indignada que experimentaba a la vista de tantas víctimas inocentes. Y –añade Marcel- creo que, si bien se piensa, habría que darle la razón” porque “es propio del pensamiento existencial rechazar parecidas *pseudosoluciones*” (Incredulidad y fe, p. 164). Porque el problema afecta al sujeto mismo que intenta pensar la fe y, al mismo tiempo, a las relaciones que median entre él, como sujeto de búsqueda, y el sujeto creyente. Y lo propio del filósofo existencial, como lo concibe Marcel, es oponerse a las pretensiones del pensamiento totalizante. El camino que propone Marcel es el del testimonio del filósofo. Un testimonio de luz y alegría dado por el filósofo, en el que se transparente a Dios en su santidad, por el acto de adoración y alabanza, que eleva al pensamiento hasta su máxima posibilidad.

En primer lugar, podemos preguntar si la adhesión al Dios de justicia y misericordia implica una *hipostación* o, en palabras de Feuerbach y Marx, una proyección, una expresión de nuestros anhelos e insatisfacciones. Podemos decir que lo implica sólo para quien no quiera ver más en la divinidad que la teoría de la proyección que previamente ha dado como válida. La objeción a la existencia de Dios no nació en Camus, como en Feuerbach, de una oposición a un pensamiento, en el caso de este último, del grandioso

sistema de Federico Hegel, que buscaba transponer racionalmente la verdad en el orden de la representación, de la religión.

La objeción de Camus nace al ver a un niño arrollado por un camión, y a la madre clamando al cielo. A ese clamor, al que Dios no respondió, se fueron sumando uno a otro, hasta que, para el poeta estudiante de filosofía y afectado por una salud precaria, Dios perdió sentido... El mismo Camus, sin embargo, pondrá en boca de uno de los personajes de sus últimas obras, *Los justos*, la leyenda de San Demetrio. Este, que tenía una cita con Dios, se encuentra en el camino a un hombre cuya carreta había quedado atascada. Demetrio se detiene a ayudarlo, pero “llega tarde a su cita”... ¿No hay ya en esta comprensión de las cosas una adhesión al Dios de misericordia y proximidad que Jesús se esforzó por anunciar y hacer presente? Si se trata de una adhesión implícita o explícita, si Camus y cuantos como él rechazan a Dios por causa del sufrimiento, fue un hombre de actitud creyente que no acaba de entender su propia búsqueda, es una cuestión discutible. Lo que aquí interesa subrayar es que el sufrimiento es “una llamada de atención” muy poderosa, tan poderosa que cimbra las bases mismas de la creencia en lo más grande y sublime que el pensamiento pueda jamás sugerir: el misterio de Dios, y que esa llamada pide una respuesta y responderla es ya responderle a Dios.

El camino del testimonio, como el que propone Marcel, es ambiguo. Él mismo reconoce que el exponerse como “testigo de una luz” lo hace vulnerable. Hombres como Camus no encontrarían un testimonio así, pensamos, persuasivo. Quienes se ponen del lado de las víctimas, suelen recelar de los hombres de buena fe que buscan salvar la gloria de Dios por caminos del pensamiento, como “bien pensantes”. Hay en esta palabra una connotación de reconocimiento frente a una cierta ortodoxia que pone al resguardo, junto con “los que tienen la razón y la verdad”, incluyendo la verdad sobre Dios, y quienes prefieren vivir a la intemperie, pero en una lucha codo con codo con quienes nada pueden esperar más allá de la solidaridad de quienes se acercan a sus vidas y luchas justo con ellos por un poco de pan o de justicia...

Las dificultades del pensamiento por “presentar” a –o podríamos decir, “presentarse ante”- un Dios de misericordia y bondad, son conocidas por el pensamiento hebreo. Los salmos conocen la preocupación de lo que podemos hacer o no por los que sufren. Resulta ilustrativo que, por ejemplo, el salmo 48, proclame la imposibilidad de “salvar al hermano”, porque, por cara que se pague la recompensa por él, “toda vida ha de terminar”. El salmista anuncia esto como una verdad, como el enigma que su corazón ha descifrado y quiere proclamar a todos los pueblos,

“Escuchen esto, todos los pueblos, entiendan bien, habitantes del universo, gentes ilustres, gentes obscuras, ricos y pobres, todos juntos”.

Todos quienes se apoyan en sus fortunas y se envanecen de sus grandes riquezas, todos irán a la fosa. La insensatez consiste justamente en pensar que las riquezas ponen a salvo de ese destino ineludible. “Nadie puede salvar a su hermano de pagar a Dios su rescate”. La esperanza del salmista, en contraste con este tipo de hombre, se dirige al hombre justo, porque es a éste a quien Dios rescatará de los lazos de la muerte. Será Dios mismo quien lo salve... Camus, el “hombre justo”, honesto, *probo* y lúcido, es un ejemplo del verdadero humanista, del que se duele y se solidariza con los que ama. ¿Cómo salvarlos? Dios no ha querido la enfermedad del niño epiléptico. La vida de Jesús fue acción elocuente de esta

verdad. Jesús no hizo razonamientos sobre estas realidades. Actuó sanando, dando vida, anunciando la liberación de los cautivos. Puede decirse que Jesús es el hombre que, en su corta vida, sólo hizo una cosa: amar sin límites, sin condiciones de ningún tipo.

Muchas cuestiones quedan abiertas. ¿Dios permite el mal, el sufrimiento del inocente, el de su propio Hijo? Hay que decir que aquí la razón enmudece. La palabra “permitir” da lugar a un razonamiento apologético que sutilmente se aparta de la magnitud del drama. Jesús se entregó al mal que le infringieron los malvados porque entendió que era lo más coherente con su amor y su confianza en Dios. De Dios, a quien llamó su Padre, difícilmente puede decirse que “permitió” porque no era ajeno al drama. Dios mismo se estaba entregando en Jesús... En su decisión, en su entrega, Dios mismo se atestigua como amor sin límites, en la omnipotencia de ofrecer el perdón aún al verdugo... La omnipotencia de Dios es la omnipotencia del amor: confirmar a Jesús en la vida y de este modo reivindicar su causa como causa de Dios: la vida del hombre.

La vida de Jesús, indesligable de su predicación del Dios Padre de misericordia y bondad, ha salvado de las imágenes de los falsos Dioses. Del Dios sádico, justiciero, vengador, con el que Camus asociaba al Dios bíblico... Jesús ha hecho todo, lo ha dado todo en testimonio de que, aun como víctima inocente, el hombre se puede confiar de un Dios cuya fuerza es la ternura. El hombre intuye la fuerza del amor, aun en sus cortas realizaciones. Y en sus momentos de experiencia más honda y de lucidez sobre su comprensión puede intuir que el amor todo lo vence. Sobre la experiencia de confirmación de este mensaje se funda todo el cristianismo real. Jesús mismo y todo su mensaje, transmitido y proclamado, se sostienen en este don, la gratuidad del don de Dios al que nada es posible añadir. El hombre puede optar por ponerse dentro del espacio de ese amor, como reverberación de su efecto en la historia. “En la aurora, se le hará un lugar al justo. Dios mismo lo abrazará.”